

ESTUDIO CRITICO

LA CREACION DEL CONCEPTO:
NUEVA VISITA A LA DEFINICION DE LA FILOSOFIA

A propósito de: DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *Qu'est-ce que la philosophie?*, Paris, Les éditions de Minuit, 1991, 206 páginas.

José FERNANDEZ VEGA

Hay una enorme cantidad de textos introductorios, didácticos y aún doctrinarios que se plantean resolver el problema de qué cosa sea la filosofía. La variedad de respuestas dadas a esa cuestión podrían llenar una biblioteca. Existe tan sólo un elemento que las unifica: su invariable inutilidad. Ningún lego en la materia se enteró jamás de lo que es la filosofía mediante una definición y nunca hubo un entendido completamente satisfecho con una de las múltiples ofertas de definición de su especialidad. Todas ellas son o demasiadas abstractas para el público general o demasiado unilaterales para el especialista. Puede argüirse que el mismo problema se plantea para cualquier disciplina. Pero acaso en la filosofía más que en cualquier otro ámbito del saber uno no sabe lo que es el agua antes de sumergirse en ella. En efecto, ¿qué conocimiento adquirimos de la filosofía cuando se nos dice que es amor al saber o ciencia de los primeros principios o una ideología, entre otras?

Sumado al difícil problema de su definición, se encuentra también el de su esfera específica de competencia. Hubo un tiempo en que la filosofía se vanagloriaba de ser la reina de las ciencias. Hoy tales devaneos no producen sino una sonrisa: la filosofía parece rebajada a la categoría de ciencia auxiliar (reservándose el pequeño privilegio de ocuparse de los "fundamentos") o a la de disciplina condenada a la perpetua arqueología de sí misma. Su campo específico parece invadido casi totalmente por las diferentes vertientes lógicas y epistemológicas, por la politicología y la sociología, por la historia de las ideas, las ciencias del lenguaje y la semiología. ¿Qué queda pues de peculiarmente filosófico después de todos estos movimientos independentistas y de anexión que generaron desprendimientos disciplinarios y transferencias masivas de competencias de conocimiento? En síntesis, ¿a qué se dedi-

can los filósofos específicamente?

Deleuze y Guattari han escrito un libro que une la pertinencia del problema abordado con una exuberante originalidad de tratamiento: en una palabra, lo que se espera de los autores del *Anti-Edipo*. Los procedimientos utilizados no siempre se ajustan a las reglas estandarizadas por los maestros pensadores germanos y anglo-sajones, pero subsiste la inquietud acerca de si esto puede constituirse en un reproche intelectual o si revela un síntoma de la vitalidad creativa de los autores.

La introducción al libro deja entrever un toque existencial. La pregunta por qué cosa sea la filosofía nunca se hace a tiempo: siempre resulta prematura o casi senil. Los autores ofrecen su perspectiva como una reflexión propia de la edad tardía. Se involucran subjetivamente en el asunto tratado y reformulan la pregunta de este modo: ¿qué es aquello a lo que me he dedicado durante toda mi vida? Una respuesta provisional se anticipa desde las primeras páginas. La filosofía no es reflexión ni contemplación ni comunicación, la filosofía es creación, más precisamente, el arte de formar, inventar y fabricar *conceptos* siempre nuevos.

Existen, sin duda, otras maneras de pensar y de crear. Otras disciplinas también elaboran ideas creadoras. Pero es exclusivo de la filosofía crear continuamente conceptos. Eso le asegura una función propia que no debe entenderse como un privilegio ni menos aún como una preeminencia. Ahora bien, subsiste la pregunta del ¿para qué? de la filosofía ("la respuesta de que la filosofía no sirve para nada es una coquetería que no divierte a nadie", p. 14). No se encontrará en este libro una respuesta contundente, pero sí una crítica competente de sus falsas soluciones. Los autores no se hacen ilusiones sobre el tema de la "utilidad" del filosofar y lo expresan con energía: si bien la filosofía no puede contentarse con dirigirse a los filósofos, también es cierto que "pensar suscita la indiferencia general" (p. 44).

La categoría más elaborada del libro es, por supuesto, la de "concepto", definido como un todo múltiple y compuesto, que se crea en función de un problema y remite a él. Cada época exige nuevos conceptos, posee resonancias precisas para captar. Por ello no hay que repetir lo que dijeron los grandes filósofos sino "hacer lo que ellos hicieron", es decir, crear nuevos conceptos para problemas que nunca

son los mismos. Otras características del concepto son su capacidad de encarnarse (él mismo es incorpóreo) y la de estar dotado de una "velocidad" (siempre aludida pero nunca bien especificada) que coincidiría con la del acto de pensar. El concepto no es discursivo, como tampoco lo es la filosofía. No es una proposición (como cree la lógica en su voluntad reduccionista) ni describe un estado de cosas, como sí lo hacen las categorías de la ciencia. El concepto describe un "acontecimiento" (*événement*) y es *auto-referencial*: es inútil preguntarse sobre la verdad o la falsedad de un concepto, ya que éste no puede evaluarse sino en función de los problemas a los que se refiere y para los que fue creado. Los conceptos se relacionan a través de sus componentes con otros conceptos.

En la visión explícitamente constructivista de la filosofía que proponen los autores, los conceptos se encuentran necesariamente en correlación con un campo denominado "plan de inmanencia". Este constituye un medio o un horizonte "fractal" (de contornos indefinidos, por decirlo así) que es el territorio mismo de la filosofía. El plan es pre-filosófico y no opera inmediatamente con conceptos. El plan es la imagen del pensamiento, un caos al que se pretende dar consistencia sin perder nada en cuanto a infinitud (p.45). Esta propuesta paradójica provoca la instauración de las trascendencias y de las ilusiones, contra las que simultáneamente se combate. Con la introducción de la noción de plan se enriquece la definición de verdad: ella es lo creado por el pensamiento en el marco de un plan dado. Todo el texto sufre la tensión entre el pensamiento entendido como creación y la voluntad de verdad. Esta tensión se resolvería en un sentido moderno, es decir, relativista, sin afectar la coherencia de la historia de la filosofía. Esta no se caracteriza por una sucesión de sistemas (el pasar revista a las soluciones sin saber cuál es el problema), sino por la coexistencia de planes (campos problemáticos) que coexisten.

Los conceptos no sólo precisan inscribirse en un plan. También necesitan "personajes conceptuales" que contribuyan a su definición. Históricamente estos personajes estaban representados por los "amigos", figura que en la Grecia clásica vino a reemplazar a la de los "sabios". Los filósofos, dicen los autores repitiendo un lugar común etimológico, son los amigos del saber, de su búsqueda. Los amigos griegos se relacionan no entre sí, sino cada uno con el concepto. En este sentido los amigos también son rivales: son los amantes del concepto y

rivalizan entre ellos como pretendientes del mismo objeto de deseo. El elemento de rivalidad es característico del concepto griego de amistad y se encuentra también en la política y en los juegos. La función de los personajes conceptuales es la de manifestar los territorios, desterritorializaciones y reterritorializaciones del pensamiento (p.67). La idea de territorio juega un papel clave en esta obra, pero se presupone su conocimiento. Los personajes tienen a veces un nombre propio (por ejemplo, Sócrates), pero no siempre coinciden con los personajes de un diálogo filosófico. Los personajes conceptuales, más concretamente, son los que "operan los movimientos que describe el plan de inmanencia del autor e intervienen en la creación de conceptos" (p.62). El personaje conceptual es un "yo" privado que se opone al "yo" público del profesor ("el que piensa sin saber por qué se piensa").

La filosofía es una cosa griega. Como tal, tuvo en Grecia su primera "territorialización", y allí surgieron esos elementos filosóficos constitutivos: los amigos del concepto que rivalizan, y la "doxa" de la que todos pretenden elevarse para alcanzar la esencia. La filosofía es el producto de unas condiciones histórico-geográficas especiales, pero es un producto contingente: ella no es insuficiente en sí misma, pero no hay necesidad histórica alguna ni en su emergencia ni en su desarrollo (lo contrario sería recaer en los estereotipos historicistas y racionalistas de Hegel o Heidegger). La filosofía es geo-filosofía, no es separable de los movimientos de territorialización y en su origen está ligada a la Grecia clásica tanto como la filosofía moderna está vinculada al capitalismo. Ello no hace de la filosofía un apéndice ideológico ni provoca que coincida sin más con la historia. La territorialización de la filosofía en el concepto la marca con características nacionales, aunque los primeros filósofos son extranjeros desarraigados (desterritorializados) en tierra griega (y reterritorializados en ella).

La filosofía necesita territorializarse en un concepto y en un espacio territorial, pero ello no la convierte en auxiliar de un dominio espacial dado. La filosofía actual, dicen los autores, no se salva "reterritorializándose" en el Estado o en los derechos del hombre. Lo que necesita el capitalismo -sostienen los autores en un formidable *crescendo* de fin de capítulo- es mercado, no democracia. No nos hace falta comunicación (vivimos en la época de la comunicación, tenemos demasiada), nos hace falta creación. Necesitamos resistencia al presente (p. 104). La creación de conceptos en sí misma postula la utopía. La filo-

sofía no es identificada con la búsqueda del consenso (lo que la igualaría al *marketing*), sino con la "dialéctica negativa" (la oposición Adorno-Habermas parece evidente), crítica del presente al que se articula a través de la utopía (pp. 95-96). La actividad filosófica del presente debe asumir esa "vergüenza de ser hombre" (Primo Levy) después de Auschwitz, no disimularla. Esta vergüenza se ha instalado en el seno mismo de la filosofía con el *affaire* Heidegger (p. 104).

Deleuze y Guattari hacen una feroz crítica de lo que denominan *pensée-pour-le-marché* (pensamiento para el mercado) y un nombre propio sobrevuela la acusación: el de Jürgen Habermas. La filosofía de la comunicación y del consenso es la filosofía territorial del capitalismo, reducida a funciones de *marketing* ideológico mediante opiniones -*doxa-cliché*. La filosofía postula la rivalidad y "la idea de una conversación democrática entre amigos nunca produjo el menor concepto" (p. 12). Las discusiones no sirven para nada, los interlocutores nunca hablan de lo mismo. Aquí aparece postulado un cierto "individualismo filosófico" aunque curiosamente planteado por dos autores de un mismo libro. Para ellos se trata de crear, no de discutir. Los que critican sin crear "son la plaga de la filosofía" (pp. 32-33). Cada gran filósofo "ha cambiado lo que significa pensar, ha 'pensado de otro modo' (Foucault)" (p.52), instaurando un plan que a la vez "debe ser pensado y no puede pensarse. Es lo *no* pensado en el pensamiento (...) es lo más íntimo del pensamiento y, sin embargo, el afuera absoluto" (p.59). Crear, en filosofía, es resistir. La filosofía se ocupa de lo "interesante", no en un sentido frívolo sino foucaultiano de lo actual. Lo actual es el ahora de nuestro devenir, y la utopía es ese *devenir permanentemente otro* como figura social o biológica. Esa es la función y el objeto de la filosofía: *diagnosticar* nuestros devenires actuales (p. 108) y en ello se resume, dicen los autores, lo que Foucault admiraba de Kant: no haber planteado la filosofía en relación a lo eterno, sino al ahora.

La filosofía vive en una crisis permanente, se desarrolla en la paradoja. Cada elemento (concepto, plan, personaje) se refiere a los otros y encuentra en ellos, sólo en ellos, su pertinencia y su verdad. Los criterios filosóficos no son los de verdad-falsedad, sino categorías de otro orden como interesante, destacado, importante. "De muchos libros de filosofía no debe decirse que son falsos, ya que eso no es decir nada, sino que son sin importancia ni interés, precisamente porque no crean ningún concepto, ni aportan una imagen del pensamiento ni engen-

dran ningún personaje que valga la pena" (p.80).

Al lado de la crítica a las filosofías de la comunicación, sin duda más política, moral y efectivista que teórica, Deleuze y Guattari buscan deslindar terreno entre la filosofía y la lógica (pero también entre aquella y la ciencia y el arte). Toda la segunda parte del libro está dedicada a ese empeño. La filosofía, reafirman los autores, es la única de las disciplinas del pensamiento que tiene por objeto a los conceptos. La ciencia opera con un plan de referencia (constituido por estados de cosas) y expresa sus nociones por medio de funciones y proposiciones enunciadas por "observadores parciales". La lógica, por su parte, tiene como función el reconocimiento de lo verdadero y reduce el concepto volviéndolo proposicional. No se trata de aislar la actividad filosófica de la de otras disciplinas. Se trata más bien de trazar los límites: "Cuando la filosofía se compara a la ciencia, sucede que propone una imagen demasiado simple de sí misma que hace reír a los científicos (...) la filosofía no puede hablar de la ciencia más que por alusión" (pp. 146 y 152).

El arte, por su parte, merece un capítulo que es casi un compendio de estética preceptiva, y en el que la filosofía se encuentra en acto. Se sostiene que el arte es aquello que conserva un "bloque de sensaciones" (no su soporte material) independientemente del autor y del consumidor. El arte posibilita ese perpetuo devenir o volverse otro, pero al mismo tiempo, se dice que la noción de sujeto no es imprescindible. La función del arte no es la ilustración de una época sino la invención de afectos desconocidos o mal conocidos: el universo estético es el universo de los posibles plasmados en un plan de composición.

Las tres grandes formas del pensamiento, el arte, la ciencia y la filosofía, tienen en común su enfrentamiento con el caos y las opiniones. Las tres disciplinas -con procedimientos muy distintos pero no incomunicables entre sí- buscan instaurar diferentes planes que pongan un poco de orden liberador del caos, atravesándolo, y protegiéndonos de la disolución y de la angustia. Se trata de trazar un plan sin caer en los *clichés* de la opinión y sin resignar completamente el infinito. Pensar es medirse con el caos -a veces valiéndose de él- y oponer "ideas vitales" a las "ideas corrientes" u opiniones (la distinción está tomada de Michaux). La filosofía intenta salvar el infinito dándole consistencia (la ciencia renuncia a él y el arte aspira a devolvérselo). Pensar, en fin, es

proceder por conceptos, funciones o sensaciones. Cada vía es específica y corresponde a una disciplina distinta, por ello no quiere decir que haya vías mejores que otras. Las vías se encuentran constantemente pero nunca llegan a sintetizarse.

El libro de Deleuze y Guattari contiene algunas páginas de indudable belleza, como aquéllas en las que se habla de la filosofía cristiana y se examina la oposición convencional entre figura y concepto (p. 87 y ss.) y pasajes de una enorme fuerza expresiva, muy alejados del estilo academicista y seco. A menudo, sin embargo, estos privilegios de la pluma se convierten en debilidades operativas. Definiciones cruciales como las de territorio o evento son a menudo más literarias que conceptuales y se las deja liberadas a la suerte de un golpe de efecto estilístico en lugar de elaborarlas, abusando de la metáfora sistemática y de la imagen lograda. El tono de todo el volumen representa también un tema discutible, ya que se pasa del didactismo (comprensible y hasta deseable en un volumen titulado *¿Qué es la filosofía?*) al denso discurso para entendidos (y a veces para entendidos en Deleuze y Guattari -no simplemente en uno de ellos-). La originalidad del planteo es indiscutible, pero ciertos resoluciones encubren un cierto tradicionalismo "filosófico" bajo gruesas capas de esnobismo intelectual (como sucede cuando no se dice una palabra de la perspectiva filosófica interdisciplinaria que comunica a la filosofía con disciplinas que no necesariamente son ciencias "duras" o actividades artísticas).

Todo el texto está signado por la legítima ansiedad de encontrar lo específico de la filosofía. Amenazada por rivales viejos y nuevos (la epistemología, la lingüística, el psicoanálisis e incluso el marketing y la informática!) la filosofía, según la entienden Deleuze y Guattari, debería volver a su antigua patria griega y postularse como la monopolizadora de la creación y de la pedagogía del concepto o bien resignarse a la disolución. Es indiscutible que los autores ponen en acto un pensamiento y no se limitan a enunciarlo. Sus (frecuentes) referencias a los grandes autores está lejos de ubicarse en el terreno del exhibicionismo erudito, constituyéndose siempre contextualizaciones o menciones elaboradas. Este libro asume plenamente el riesgo de tomar partido, y gana con ello en fuerza expositiva, aunque no siempre en claridad argumental. Tiene menos la "neutralidad" y el didactismo de una introducción que la energía de un manifiesto que exige y encuentra un lugar para la filosofía bajo el sol de las disciplinas.